

## **CAPÍTULO TERCERO:**

### **EL MISTERIO DE SANUI**

Sanui avanzó, ocultándose constantemente en las sombras, a través de la base imperial. El complejo en cuestión era un edificio extremadamente alto, claramente inspirado por la arquitectura de Nar Shaddaa. Sanui se enfrentaba aquí y allá a soldados de asalto mientras avanzaba, abatiéndoles sin dificultad, pero algo parecía extraño, algo no acababa de encajar. Era un mal presentimiento, pero para un Jedi un mal presentimiento suele ser motivo más que suficiente para que los nervios se pongan a flor de piel.

Sanui entró en un transpotubo que ascendería rápidamente hasta un nivel superior del edificio. Según los planos que le habían proporcionado, sólo habría un pasillo entre la salida del transpotubo y su objetivo, un estrecho pasillo con ventanas opacas a ambos lados... y, detrás de las ventanas, los vehículos flotantes de Hoox, preparados para abrir fuego si detectaban algo fuera de lo normal.

Cuando el transpotubo se abrió para revelar a una persona desconocida y claramente no autorizada, los dos soldados de asalto de guardia abrieron fuego, pero Sanui, con el sable ya encendido, avanzó dando vueltas y se encargó de los soldados sin dificultad.

La puerta del laboratorio estaba cerrada, pero eso no iba a detener a Sanui. Se acercó a ella, mientras se concentraba en los engranajes para la apertura de emergencia y en un momento se abrió por completo.

Dentro del laboratorio sólo se movían unos droides de mantenimiento. Sanui los cortó en pedacitos con su sable y accedió a un armario lleno de cajones. Se acercó a una consola y tecleó un número y una clave. Sus ojos verdes mostraban preocupación: Si la clave que le habían proporcionado fallase...

Automáticamente, uno de los cajones se abrió emitiendo un característico ruidito. Sanui se acercó al cajón; demasiado alto para que viese el interior, pero no para que metiese la mano y sacase su contenido.

La mano de Sanui casi se hiela al meter la mano; el contenido estaba congelado en carbonita. Tenía forma cilíndrica. Sanui lo sacó por fin y lo miró.

Efectivamente, era un cilindro, de no más de treinta centímetros de altura y cinco de diámetro. Sanui no esperaba que estuviese tan frío, pero daba lo mismo: Tendría que llevarlo oculto entre los pliegues de su capa.

-¿A dónde crees que vas?

Sanui se giró hacia la puerta. Allí estaba, con su uniforme imperial, el último hombre al que esperaba ver. Con su rostro debatiéndose entre el odio y el desprecio, y su sable de luz encendido y listo para el combate, el almirante Hoox en persona.

-No tenemos porqué luchar -dijo Hoox-. Deja eso que has cogido donde estaba, y después hablaremos sobre Ashla. Si no, acabaré contigo. No me obligues a destruirte.

Sanui miró a su alrededor y sopesó sus opciones. El laboratorio era demasiado pequeño, y sobre todo no tenía ventanas. Las paredes exteriores eran demasiado gruesas para romperlas fácilmente con el sable. Hoox cubría la única salida.

Sanui encendió su sable violeta, entrecerrando sus ojos.

-De un modo u otro, esto terminará esta noche -dijo un satisfecho Hoox que reprimía su sonreír.

Sanui se lanzó, una nube informe de ropas, contra su rival, su sable de luz dispuesto a dar un golpe mortal, pero Hoox levantó su propia arma y detuvo el ataque, haciendo una finta especial para atacar a su vez a Sanui. Sanui detuvo el ataque de Hoox, y llevó a cabo la misma finta después de la parada, pero Hoox estaba preparado.

El combate empezaba a acercarse demasiado; apenas unos centímetros separaban a los dos contendientes, y Hoox miraba con atención los ojos de Sanui, la única parte de su cuerpo que ya conocía.

Sanui retrocedió de pronto, desconcertando a un Hoox que no se lo esperaba. El amasijo de ropas y Fuerza estaba en la pared del fondo y, cuando Hoox fue a reanudar la lucha, saltó por encima de su rival y llegó hasta la puerta. Echó a correr.

-No irá a ninguna parte -pensó Hoox-. Tengo el edificio rodeado.

Pero Sanui no corría hacia el transpotubo. Cuando llegó a una de las ventanas, la atravesó de un salto, haciendo añicos un cristal supuestamente irrompible.

-¡Estamos en el nivel noventa y tres! -pensó Hoox, mientras corría al lugar por donde había desaparecido Sanui. Lo que vio le sorprendió, pero no le asombró.

Sanui había alcanzado, de un solo salto, uno de los hoverexploradores Mekuun SA5 que Hoox utilizaba para rodear el edificio. Había cuatro tripulantes y seis soldados de asalto a bordo, pero Hoox no dudaba que ése que estaba cayendo ahora era el último.

Sanui debía tener mucho valor para intentar pilotar sin ayuda un vehículo que exige cuatro tripulantes, pensaba Hoox mientras su némesis apuntaba el cañón bláster pesado del SA5 hacia la posición de Hoox. El almirante comprendió lo que estaba sucediendo al ver girar el arma y, asustado, arqueó drásticamente sus cejas.

Cuando el láser carmesí surcó los pocos metros que

separaban el SA5 de Hoox, éste tenía su sable de luz levantado y estaba confiando en la Fuerza para sobrevivir al impacto. El láser fue deflelado y devuelto a su emisor, el SA5, ante la sorpresa de Sanui. Mientras tanto, un almirante Hoox relativamente indemne (excepto por la mano que había sostenido el sable) salía despedido por otra ventana, gritando y volando de espaldas.

Afortunadamente, el retroceso no fue excesivo y, combinando esto con las piruetas acrobáticas de Hoox, al cabo de unas pocas decenas de metros pudo aterrizar con más pena que gloria en la azotea de un edificio cercano un poco más bajo que la base. Hoox recuperó el aliento, y echó a correr de nuevo en la dirección por donde había venido. Un nuevo salto le devolvería al pasillo de donde había salido, por la misma ventana rota.

Un error de cálculo hizo que atravesase una ventana diferente, y la rompiese en el proceso. Lleno de cortes y magulladuras superficiales, que le dolían bastante menos que los dedos de su mano, Hoox se acercó al lugar donde estaba el SA5.

El SA5 caía a la deriva, dejando un rastro de humo, pero en su interior Sanui aún intentaba controlar el vehículo. Aún no podía saltar, pero no tardaría en encontrar una salida.

Hoox hizo gestos a otro SA5 para que se acercase.

Sanui hacía lo imposible para manejar unos mandos que estaban claramente atascados. Ya se había asegurado de que el SA5 no caería en una zona poblada, pero precisamente por eso no había nada allí para amortiguar el golpe. El miedo invadía su corazón, pero entonces recordó las palabras de su sabio maestro sobre el miedo. El miedo conduce al lado oscuro, y todo eso. Piensa, Sanui, usa la cabeza, se repetía.

Mekuun no era una empresa de aficionados. Debía haber una medida de seguridad para los tripulantes en caso de que esto sucediese.

Y entonces, Sanui se giró y vio lo que necesitaba.

Retropropulsores.

-Justo a tiempo -pensó Sanui, sonriendo.

Este nuevo modelo, a diferencia de otros como el Mitrinomon Z-6, no tenía unos escapes tan peligrosos, si bien sacrificaba buena parte de la movilidad. Sanui no tenía demasiada habilidad con los retropropulsores, pero no esperaba problemas. Se puso el retropropulsor bajo la capa y saltó del SA5 condenado.

Mientras miraba al hoverexplorador caer agonizante hacia una explosión segura, la Fuerza le advirtió que mirase hacia otro lado. Sanui hizo caso a su presentimiento y se giró.

Allí, a más de doscientos pies de altura, se encontraba

Hoox, también con un retropropulsor a su espalda. Con el sable ya encendido, y dispuesto a continuar la lucha.

Sanui bajó la mirada hacia donde debería estar el suelo, y activó de nuevo su arma. Comprendió que Hoox no le permitiría escapar, y que tendría que matarlo.

Hoox usó la Fuerza para girar telekinéticamente la ruedecita de su retropropulsor, y voló contra Sanui como una bala de cañón. Sanui, víctima de su propio miedo, intentó frenar el ataque con su propio sable. No contaba con que esta maniobra se basa en hacer fuerza con los pies sobre el suelo, un suelo que ya no estaba a sus pies. El golpe de Hoox hizo que Sanui empezase a caer, sin un punto de equilibrio.

Ni Sanui ni Hoox eran duchos en usar sus sables de luz a doscientos pies de altura, pero una vez más, ¿quién lo era? ¿Cuántos precedentes había de duelos en estas condiciones? Ambos se veían en la obligación de improvisar.

Cuando Hoox se acercó de nuevo a Sanui, cubriendo parcialmente una fuente de iluminación artificial, Sanui movió su mano hacia él con los dedos extendidos. Hoox, que tampoco tenía un punto de apoyo en el aire, giró sobre sí mismo como una peonza. ¿No había esperado que Sanui usase la Fuerza contra él!

El almirante no tardó en recuperarse, y en cuanto tomó consciencia de dónde estaba el suelo, miró a Sanui con odio. Cada uno de los luchadores voló a altas velocidades. Los ojos de Sanui estaban entornados mientras se acercaban a Hoox. Éste, por su parte, rugía algo incomprensible como un guerrero bárbaro, espada en alto. La colisión de ambos tuvo lugar únicamente en el choque de sus sables, centelleando con mortíferas chispas, pero ninguno de los dos cedió terreno.

Sin embargo, Sanui esperaba que Hoox estuviese cegado por el odio, incapaz de razonar como se debe en combate. No era así. Hoox giró para seguir de cerca a Sanui en vez de continuar en línea recta. Cuando Sanui se dio cuenta, empezó a acelerar su retropropulsor, pero su enemigo puso su cuerpo en línea recta mientras le daba más velocidad al suyo. Hoox había practicado con ese modelo de retropropulsor, y conocía sus prestaciones y sus límites, mientras que Sanui temía forzar el suyo mientras intentaba aterrizar lo antes posible. Se habían alejado tanto de la ciudad que probablemente los árboles que había por allí le sirviesen de ayuda...

El suelo empezaba a estar cerca, pensaba Hoox. Dentro de unas fracciones de segundo, estará tan cerca que Sanui no podrá remontar. Sin embargo, Hoox sí que podría. El imperial se concentró en las correas que unían el retropropulsor al torso de Sanui, ocultas bajo su capa a la vista pero no a la Fuerza, y utilizó la telekinesis para desabrocharlas.

Sanui perdió el equilibrio mientras el jetpack dejaba de obedecer sus instrucciones. Los árboles se acercaron mucho más rápido de lo que debían, y Sanui chocó más que aterrizar. Diversas ramas y pequeños vegetales y piedras volaron como efecto primario de esto; las bestias nativas huyeron asustadas.

Sanui había sufrido varios golpes de intensidad variable, pero utilizó la Fuerza como le había enseñado el maestro Ashla para ignorar los efectos del dolor. Seguía sangrando por varios puntos, y seguramente tendría más de un hueso roto, pero aún debía escapar.

Hoox aterrizó sin dificultad justo a su lado.

-Jamás te perdonaré esos cruceros que destruiste en órbita a Lahsbane -dijo el imperial.

Sanui se levantó como pudo; su antaño inmaculada capa color morado oscuro estaba manchada de tierra, mientras que Hoox aún estaba impecable. Hora de arreglar esto, pensó Sanui. Moviéndose rápidamente su sable y, de un solo golpe, taló un árbol centenario para que cayese sobre Hoox. Éste no pudo apartarse a tiempo. Sanui comprendía que las heridas que sufriese Hoox serían superficiales en el mejor de los casos, pero mientras salía de ahí, tendría tiempo de tomarse un respiro.

Hoox salió del árbol con ligeras magulladuras y un pequeño golpe en la mejilla, bajo el ojo. Sanui había tenido más suerte de la que esperaba, y en vez de tirarle encima unas delgadas ramas, le había tirado encima el grueso tronco. Claro que también le había enfadado.

Los sables chocaban con más habilidad de la que habían visto los combates de este tipo en más de un siglo, con movimientos veloces cual la luz que les daba nombre. Algunos representantes de la fauna nativa, superada la sorpresa inicial, se acercaban y se sentaban pacientemente encima de troncos y rocas a admirar lo que ojos humanos no ven en siglos. Hoox giró sobre sus talones para intentar dar una estocada mortal que decapitase a Sanui. Era un ataque arriesgado porque uno quedaba desprotegido durante mucho tiempo, pero si tenía éxito representaba el fin del combate.

No lo tuvo: Sanui lo vio venir y levantó su sable para pararlo. Hizo un gesto burlón con una de sus cejas antes de intentar atacar de nuevo, y se reanudó la lucha habitual en que ninguno de los dos pedía cuartel, y ninguno lo daba.

Sanui comprendió que Hoox era su igual, si no su superior, y que no podía esperar vencerle con métodos tradicionales. Por eso intentó emular el ataque decapitador de Hoox, girando sobre sus talones.

¡Era la oportunidad que Hoox estaba esperando! Él no había creído que fuese a pillar a Sanui cuando lo hizo, sino que sólo esperaba darle la idea de repetirlo, una idea que Sanui aprovechó, quedando al descubierto. Hoox le atacó y

le hundió el sable de luz en el esternón.

Sanui se dio cuenta de que la estocada había sido mortal, de que había fallado. Intentó escupir sangre, pero su máscara no se lo permitía, y ahora estaba ahogándose. Cayó de rodillas, mirando con miedo a Hoox.

Él se acercó a la imagen de indefensión que era Sanui, e introdujo sus dedos bajo la máscara.

-Veamos por fin quién o qué eres -dijo Hoox, sonriendo. Tomó impulso para bajarle la máscara de un golpe.

-Almirante -dijo una voz-. Almirante, por favor. Ordenó que le despertásemos en cuanto llegásemos al sistema Gadamar.

El almirante Hoox abrió los ojos de par en par. Ni una legaña sugería que hubiese estado durmiendo, ni una ojera que no lo había hecho en varios días. Lo único que había en sus ojos era el odio hacia Sanui, hacia Ashla...

-Gracias, capitán Tryskho -dijo Hoox. No podía culparle por haber interrumpido su sueño obedeciendo sus órdenes. Además, de todas maneras, seguro que no pasaría mucho tiempo antes de que él estuviese realmente en esa situación...

El caos en el crucero *Noche* aún no se había arreglado del todo, aunque las partes de la nave dañadas sí estaban identificadas y aisladas. El problema informático causado por Sanui había dañado gravemente todos los sistemas de la nave, unos más que otros. No obstante su reparación sería posible aunque costosa sin destruir la nave, como descubriría el técnico de grado doce de la plantilla personal de Hoox, el ciborg llamado Nokeis. El *Noche* estaría fuera de la circulación durante bastante tiempo.

Más preocupante era la cuestión del capitán Brolard. Temerario del castigo de Hoox, se había suicidado con un bláster. Eso dejaba vacante un puesto de capitán en un crucero interdicator. El segundo de Brolard, el teniente Taiar, había tomado el mando mientras esperaba nuevas órdenes. Hoox no quería dejar el *Noche* bajo el mando de Taiar. Había demostrado lealtad, pero no iniciativa. Además, Taiar era muy ambicioso si quería el puesto de su comandante. Era también demasiado joven, y dudaba que el resto de oficiales del *Noche* lo respetasen. Por otra parte, traer a un completo desconocido para cubrir el puesto de Brolard tampoco sería algo que la tripulación fuese a ver con buenos ojos.

-Cal Dainsom -dijo Hoox.

-Sí, señor -respondió Tryskho.

-¿Señor? -preguntó Taiar.

-El teniente Dainsom -explicó Hoox- es el sustituto que he elegido para Brolard. Será informado y vendrá aquí de inmediato a tomar posesión de su cargo.

Dainsom era un héroe de guerra que había logrado tomar el

sistema Mn'ust sin bajas civiles ni militares, al mando de sólo un escuadrón de cazas mientras el destructor al que pertenecían estaba haciendo reparaciones. Esto le había valido una gran popularidad entre las tropas, y Hoox buscaba la oportunidad de darle un ascenso. Planeaba nombrarle capitán del primer crucero que saliese de sus astilleros, pero esto era mejor.

-Pero, señor -protestó Taiar-. Con el debido respeto, he tomado el mando desde la muerte de Brolard y no he cometido ningún...

Hoox extendió su mano hacia adelante y presionó sus dedos contra la frente de Taiar. El joven teniente sintió cómo el miedo le invadía mientras los ojos de Hoox parecían perforarle el alma.

El almirante soltó la cabeza de Taiar, que cayó al suelo sobre sus posaderas. Hoox le señaló con el dedo mientras profería una orden.

-¡Soldados, arresten a este hombre!

-Sí, señor -dijo un sargento con su impecable armadura blanca-. ¿Bajo qué cargos?

-El asesinato del capitán Brolard -dijo Hoox-. Has sido muy inteligente al golpear cuando la bitácora computerizada del crucero no estaba registrando lo que sucedía en el camarote. Pero eso no te protege de los poderes de la Fuerza.

El almirante había vuelto a su nave insignia, y estaba sentado pacientemente en su camarote mientras esperaba que entrase alguien...

-Puerta -dijo Hoox en voz alta. La puerta se abrió y al otro lado estaba el cíborg, Nokeis, que no había tenido tiempo de llamar ni anunciar su presencia. Comprendió que Hoox había estado monitoreando el pasillo, aunque fuese con esa incomprensible habilidad suya.

-Pase -dijo Hoox.

-Almirante Hoox -dijo Nokeis-, quisiera expresarle mi felicitación por su labor de investigación en el homicidio de Brol...

-Deje de darme coba, Nokeis -dijo Hoox-. ¿Tiene la bitácora del sabotaje al Noche?

-Sí, señor -dijo Nokeis-. Procedo a programarla en su base de datos personal.

Ante la atenta mirada de Hoox, Nokeis se acercó a un ordenador. Se sacó uno de sus ojos, que no era un globo sino apenas la mitad de uno, y además hueco. Detrás del falso ojo había un agujero para introducir un cable, y Nokeis se introdujo uno de los cables del ordenador para enviar los datos al disco duro. El proceso entero tardó apenas unos segundos, después de los cuales Nokeis se sacó el cable, recogió su ojo y dejó todo como estaba.

-Muchas gracias, Nokeis -dijo Hoox-. Puede retirarse.

-Sí, señor -respondió Nokeis-. ¿Va a volver a revisar todos los datos que tenemos sobre Sanui?

Hoox le dedicó una mirada a Nokeis que hizo comprender al cibernético varias cosas: Que el almirante haría lo que quisiese, que no había sido de mucho tacto hacer esa pregunta... y que la respuesta era afirmativa.

Nokeis se retiró, dejando a Hoox sólo con su proyector holográfico. La puerta se cerró automáticamente.

El almirante se acercó al proyector y presionó un botón. Ante él tenía lugar, en tres dimensiones y color azul, la escena del enfrentamiento entre Sanui y los soldados de asalto a bordo del crucero interdictor *Noche*.

Sanui se movía con velocidad, deflectando los disparos de los soldados, saltando sobre ellos, usando la Fuerza contra un teniente... Sus ojos no se perdían un detalle de esto.

-Está usando el mismo patrón de ataque que usó en Lafra - pensaba Hoox.

El holograma de Sanui volvió a entrar en su carguero gthroc y escapó. La imagen cambió para mostrar el carguero en el espacio y, de pronto, se apagó.

-¿Esto es todo? -dijo Hoox en voz alta-. ¿No hay nada más?

Aparecieron letras holográficas que mostraban un texto escrito por Nokeis. Según explicaba, a partir de este momento, la bitácora de la nave ya no funcionaba. Sanui se había asegurado de eso: Ahora no podían siquiera aproximar su vector hiperespacial.

Es decir, pensaba Hoox, si se utilizaba tecnología para ello.

-Eres lo único que tengo para encontrar el escondite de Ashla, Sanui.

Hoox accedió a un directorio en su computadora para ver los hologramas e imágenes disponibles de Sanui. Muchos menos de los que a él le hubiesen gustado, pero ésa era una de las principales ventajas de Sanui: Lo poco que Hoox sabía.

-Hay algo que estoy pasando por alto, algo que debería considerar. ¿Pero qué? ¿Qué?

Normalmente, eran apenas unos instantes que mostraban cómo corría por un pasillo hasta desaparecer, y después se activaba alguna alarma. Pero todas y cada una de las veces entraba sabiendo bien por dónde iba, y sabiendo por dónde iba a salir.

Hoox había revisado una y mil veces aquel material, y estaba seguro de que podría reconocer a Sanui sin su disfraz. Los movimientos característicos al caminar, o al moverse. La altura, el peso...

Pero, quienquiera que fuese, no figuraba en los censos. Estaba claro que Sanui había eliminado todas las referencias a su persona, tanto en su propia ficha (destruida), como en las de las personas que estaban relacionadas, claramente modificadas. No había unos padres



de Sanui, ni nadie que supiese nada al respecto. No oficialmente, al menos.

-¿Quién eres, Sanui?

Hoox revisó una grabación que podríamos considerar su favorita. Normalmente, Sanui no desactivaba las cámaras y grabadoras a menos que fuese estrictamente necesario. Con una ruta de huida tan bien planeada, estaría más allá del alcance de los soldados antes de que éstos pudiesen siquiera partir hacia su posición actual.

Pero esa vez algo falló. Hoox nunca supo de qué se trataba, pero una cámara de seguridad bidimensional consiguió captar una imagen del rostro enmascarado de Sanui. La única que Hoox tenía, la imagen que le atormentaba día y noche.

Esa vez, Sanui no logró sabotear el panel que tenía delante. Habría tardado un par de minutos, pero en aquel momento, un par de minutos eran demasiados. Tomó su sable de luz y destrozó la cámara. La señal se perdió, por supuesto.

Hoox volvió a pasar la grabación. Tenía que volver a ver esa imagen, perderse en ella.

La capucha violácea oscura cubría su cabeza, normalmente ocultando su rostro bajo un millón de sombras, pero la cámara iluminó el rostro de Sanui por un momento. Desgraciadamente, desde debajo de los ojos, su rostro estaba cubierto por una máscara del mismo color que el resto de su ropa. No se le veía un solo mechón de cabello, pero eso probablemente era porque estuviese oculto.

Hoox sólo tenía el color de su piel y el de sus ojos. La piel no era lo bastante significativa: Pigmentación rosada clara. Probablemente un humano. Sin pecas u otras señas particulares visibles.

Pero esos ojos, los que ofuscaban a Hoox, esos ojos que había estudiado tantas veces... Ovalados, color verde, con pigmentos más claros cerca del iris. Obsesionado como estaba y habiendo visto las mismas grabaciones un millón de veces Hoox podría identificarlos en cualquier lugar.

Entrecerró sus propios ojos mientras no los alejaba de la imagen, y les habló.

-Tarde o temprano nos veremos las caras.

### **Fin del tercer capítulo**

## **CRÉDITOS**

Star Wars: In nomine stellaris.

Una publicación independiente de Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodríguez  
para [www.loresdelsith.net](http://www.loresdelsith.net) y [www.sithnet.com](http://www.sithnet.com)

Para contactar con los autores escribe a: [in\\_nomine\\_stellaris@hotmail.com](mailto:in_nomine_stellaris@hotmail.com)

© 1999 de los autores.

Star Wars - La Guerra de las Galaxias es © 1977 de George Lucas.

Impreso en España - printed in Spain.